La poesía amorosa temprana de W.B. Yeats

Ibon Zubiaur

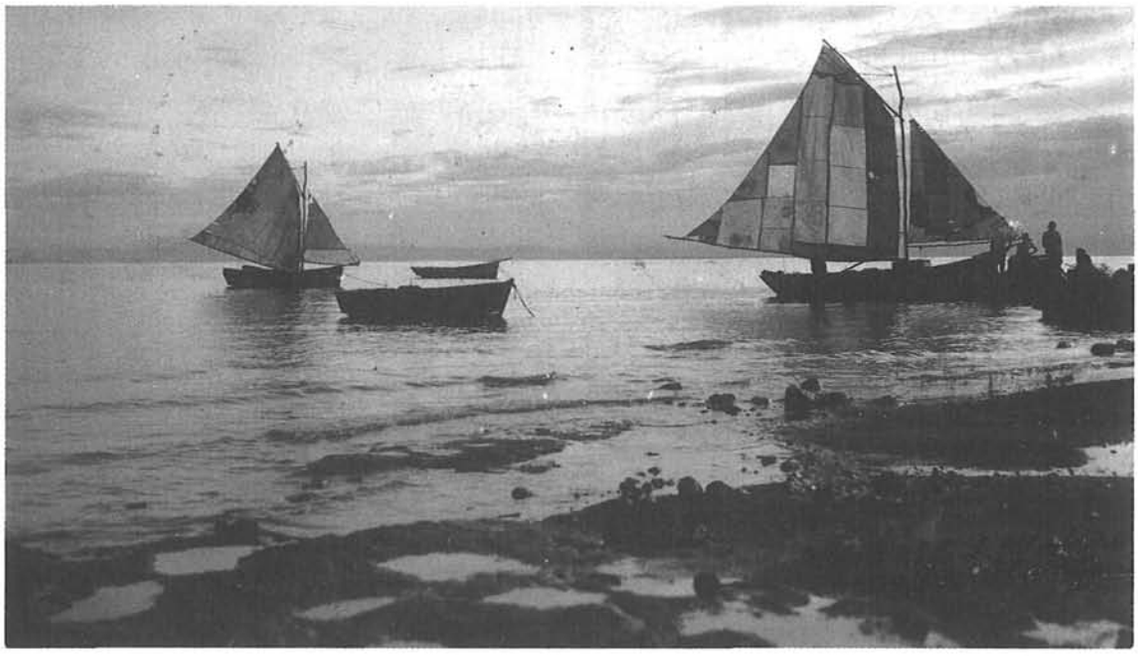
Los poemas de amor del primer Yeats, inéditos en buena parte en castellano, constituyen una de las puertas más accesibles a la obra de este poeta esencial del siglo XX y a su reflexión metapoética. Relegados por una crítica empeñada en sostener la lectura más antirromántica de su autor (mientras se detenía a analizar ese ocultismo de tercera mano con que Yeats quiso blindarse en ocasiones), encierran lúcidas respuestas a problemas de expresión y constituyen logros en sí mismos. «Las telas de los cielos» es, sencillamente, uno de los mejores poemas de amor modernos; su lectura exime de más alabanzas. «Reprende al sarapico» alcanza una perfección inusitada en escasas seis líneas sosteniéndose sobre lo que algunos quisieron descalificar como *pathetic fallacy*. El recurso, abiertamente usado aquí, explica la potencia universal de la poesía: el mundo nos habla porque proyectamos en sus elementos sueños y nostalgias. La honradez del subjetivismo («porque tu grito trae a mi memoria...») consiente el violento expresionismo, con tintes hasta morales, del verso final.

Variaciones morales son otros poemas de la época, que dan cauce a emociones rara vez reconocidas en originales usos. Ciertamente no es habitual titular un poema «Desea que su amada estuviera muerta» (no incluído en esta selección): lejos de encerrar paradojas barrocas o redenciones celestes, la pieza expresa una rabia real y se consuela en una especie de venganza *post mortem*. La misma reactividad, biográficamente rastreada en la pasión tan procelosa como persistente de Yeats por Maud Gonne (durante catorce años pidió su mano repetidas veces y llegó a pedírsela a su hija, que no se mostró más complaciente que la madre), se puede hallar en «Cuando estés vieja» o «El poeta aboga ante su amiga por las viejas amistades»: pero la amargura, cuya fertilidad poética no siempre ha sido comprendida, sirve de contraste para destilar un canto a la fidelidad que la palabra encarna. El orgullo y hasta la altanería del poeta creador que ostenta un poema como «Piensa en los que han hablado mal de su amada», tema recurrente en Yeats, redobla así su validez en otras coyunturas experienciales.

La ambientación en escenarios indios fue un recurso muy frecuente en el joven Yeats: otro intento de objetivar las emociones más sencillas sin

caer en la banalidad reiterativa. Las dos versiones de «Ephemera» (la primera, más breve, como «La caída de las hojas») abundan en símbolos y en resonancias espiritualistas, pero hasta la lectura más inmanentista de su signo otoñal permite que resuene un heroísmo postromántico.

Mis versiones tienen como objetivo conjugar lo que sólo renuncias sospechosas suelen oponer: fidelidad y musicalidad. El valor de estas piezas lo merece.



Miralagos. Managua. Nicaragua